

Desgraciadamente los padecimientos lejos de extinguir los odios de partido, los aumentan las mas veces, y esto fué lo que sucedió á los dos jefes chilenos, demasiado irritados uno contra otro para que no se despertasen en sus corazones los sentimientos de rencor, en que muy pronto tomaron parte los emigrados, tanto civiles como militares. Desde entonces los dos partidos, carrerista y o'higginista, que estallaron en Chile, revivieron con todos los resentimientos propios de su posicion. Cada uno de ellos quiso dar el mando del ejército al que personificaba sus opiniones, y faltó poco para que antes de llegar á Mendoza disputasen la eleccion con las armas. En

medio de sus acaloradas discusiones no era difícil sin embargo, preveer cual de los dos seria el preferido. O'Higgins llegaba con la aureola de gloria que habia conquistado con su admirable defensa en el sitio de Rancagua: Carrera, por el contrario, iba cargado con todo el peso de sus desastres, y ademas le eran contrarios la mayor parte de los oficiales superiores y casi todos los arjentinos, que tan activa parte habian tomado desde el principio en la revolucion chilena.

Pero el enemigo mas temible que tuvo que combatir Carrera fué el gobernador de Mendoza, el jeneral San Martin. Muy prevenido de antemano contra él, primero por informes de Mackenna é Irrisarri, á quienes Carrera habia desterrado á aquel punto de resultas de la última revolucion, y despues por los mismos arjentinos, San Martin trabajó cuanto pudo para humillar á este ilustre chileno, y hacerle perder el poco crédito que le quedaba en una parte del ejército. Verdad es que Carrera, que no podia vivir sino moviéndose y mezclándose en todo, tenia la pretension de que á la Junta gubernativa de que era presidente, se le tratase como á un gobierno reconocido por el de Buenos-Aires, y en su consecuencia exijia la consideracion y los honores debidos á su rango. Como si un gobierno nacido de una revolucion local y por lo tanto desprovisto de la fuerza moral, única que da derecho al respeto, pudiera en momentos de angustia y aislamiento, solicitar que se le trate de igual á igual por un gobierno amigo, sobre todo cuando los partidos están muy divididos y les falta mayoría. Porque á pesar de la alianza íntima que existia entre Chile y Buenos-Aires, y precisamente por consecuencia de esta alianza, fundada en intereses de alta trascendencia, era justo que el go-

bierno de Buenos-Aires, que iba á pagar todos los gastos de entretenimiento y manutencion del nuevo ejército, interviniese en su organizacion y obrase por convicciones propias. Además, Carrera, muy querido de los jóvenes, tenia muy escaso partido entre las personas sensatas que le echaban en cara su carácter turbulento, sin conocer la importancia de los caracteres de esta especie en momentos de gran sacudimiento social. La relacion que hicieron á San Martin de todo lo que habian hecho los hermanos Carrera, aumentó su prevencion contra ellos y le decidió á perseguirlos mas que nunca.

Y sin embargo en aquellos momentos soñaba Carrera con la reconquista de Chile, atacando el país por el norte. Persuadido de que podria poner en agitacion la provincia de Coquimbo, capaz, decia, de pasion y de entusiasmo por el principio de la revolucion, pretendia continuar á la cabeza de su ejército y reclamaba solo algunos cortos auxilios para poner por obra su gran proyecto de invasion. Era la suya una idea feliz que hubiera podido producir buenos resultados, porque gozando aun mucho prestigio, hubiera servido de centro á todos los descontentos, llevado la alarma al ejército realista y protegido algun gran golpe de mano. Pero San Martin, que veia en él un rival, se opuso á este plan de campaña, procurando por todos los medios posibles sacrificarlo á O'Higgins, cuya bizarría empezaba á conocer, y á quien consideraba mas susceptible de someterse á sus proyectos futuros. Su conducta respecto á Carrera fué públicamente hostil, lo que dió márgen á fuertes discusiones, y de sus resultas, á un descontento que se manifestó bien pronto por actos de amenaza é insubordinacion. Los oficiales del partido de Carrera no quisieron en efecto so-

meterse á las órdenes de San Martín; los mismos soldados á quienes se propuso si querian formar parte del ejército argentino-chileno, permanecieron firmes en su adhesion á Carrera, y se negaron á abandonar la bandera de su jeneral. Estas señales de oposicion disgustaron sensiblemente á San Martín, hombre firme y de resolucion, y le decidieron á separar del ejército los oficiales mas obstinados y enviarlos á Buenos-Aires en compañía de don José Miguel y don Juan José Carrera, del teniente coronel Benavente y del capitán Jordan. Fueron estos escoltados por una compañía de treinta dragones á las órdenes del teniente coronel don Agustín López, los cuales iban á espensas de don José Miguel Carrera, porque se le suponía poseedor de una parte del tesoro llevado de Chile, á pesar de que antes de entrar en Mendoza las severas visitas de aduana que se hicieron con un fin que casi llegó á confesarse, demostraron que semejante tesoro no existía mas que en la imaginacion de los enemigos de aquel patriota. Los demas emigrados, unos entraron á servir en el ejército argentino, otros quedaron en Mendoza ó se establecieron en sus cercanías, y otros fueron á fijarse á Buenos-Aires, donde tuvieron que dedicarse á trabajos mecánicos para ganar la subsistencia. Uno de ellos, don Manuel Gandarilla, tan conocido por la fogosidad y el mérito de sus escritos, estableció una imprenta, y á él debió el país la publicacion de la historia de esta comarca por el doctor Funes, cuya impresion continuó su amigo Benavente. Muchos, cansados de una vida á que no estaban acostumbrados, y escitados por la necesidad que sentian de batirse por la libertad, armaron algunos buques en corso y fueron á recorrer el mar del Sur á las órdenes del intrépido Brown, cuyas proezas hemos referido ya.

Tal era la posición de la mayor parte de aquellos jenerosos patriotas que la suerte habia arrojado á tan lejano país; y todavía si en su destierro hubiesen visto brillar la alianza firme y santa, efecto casi siempre de la comunidad de opiniones é ideas y de la fraternidad de la desgracia, es probable que hubieran soportado con paciencia su infortunio; pero lejos de esto, experimentaron desde los primeros dias, segun hemos visto, todas las miserias de la ambicion, de la envidia y hasta del encono: y desde aquel momento uno de los dos partidos tuvo que ser sacrificado al otro.

Pocos dias despues de haber llegado á Mendoza don José Miguel Carrera, este jeneral, persuadido de que su autoridad seria reconocida por el director don Gervasio Antonio Posadas, le envió dos diputados, que fueron los coroneles don Luis Carrera y Benavente. La fatalidad quiso que Mackenna se encontrase entonces en aquella capital, y al verse él y don Luis Carrera se despertó en el corazon de estos dos valientes oficiales el antiguo espíritu de animosidad, que no podia extinguirse mas que con sangre. Ya en Talca primero, y mas tarde en Mendoza, habia habido entre ellos choques que por las circunstancias no tuvieron consecuencias; pero en Buenos-Aires, donde no les sujetaban los miramientos que en otras partes, pudieron soltar las riendas á su rencor, y la suerte fué contraria á Mackenna. Despues de muchos pistoletazos disparados por uno y otro, una bala de don Luis Carrera hizo pedazos la pistola y rompió las arterias de la garganta del amigo antiguo, de quien el espíritu de partido lo habia separado hacia tiempo (1).

De resultas de este duelo, verificado segun todos

(1) Véase para los detalles el Araucano, número 183.

los principios de honor y lealtad, por mas que entonces y despues la pasion lo haya comentado dándole un carácter de felonía, don Luis Carrera fué preso, y en la prision se hallaba cuando llegó su hermano Miguel á Buenos-Aires. Aunque con mucha dificultad y á costa de muchos pasos, consiguió este que le pusieran en libertad, però el rigor usado con una persona de tan alta categoría y la especie de infamia de que se le acusaba, le hicieron presentir las contrariedades que debia esperar de un gobierno que se manifestaba tan hostil hácia un allegado suyo. Sin embargo, preocupado siempre con su expedicion á la provincia de Coquimbo de que esperaba los mejores resultados, habló de ella al director Alvear, que habia sucedido á Posadas, y solicitó que interpusiese su cooperacion, añadiendo algunos auxiliares á los soldados chilenos de que podia disponer. Esta demanda la repitió mas adelante al coronel mayor Alvarez, á quien una revolucion popular elevó interinamente al poder, pero ni una ni otra fué atendida, si bien contestada la última de una manera muy atenta. Cansado de una vida que se la hacian insoportable, pues se trató de desterrarlo á Santa Fe y le tuvieron preso unos cuantos dias por ligeras sospechas de una intriga, creyó conveniente abandonar el país y marchar á los Estados-Unidos, á fin de preparar desde allí una expedicion contra las autoridades realistas de Chile; y en noviembre de 1815 se embarcó para tentar de nuevo los favores de la fortuna. Con el objeto de legalizar su mision, pidió autorizacion á los demas miembros del gobierno chileno y permiso al director de Buenos-Aires (1).